

XL

DISCURSO DE CHIVILCOY
 PRONUNCIADO EL 25 DE OCTUBRE DE 1868 EN EL
 BANQUETE POPULAR QUE LE OFRECIÓ EL PUEBLO DE CHIVILCOY
 CON MOTIVO DE LA FELIZ TERMINACIÓN DE SU
 PRESIDENCIA CONSTITUCIONAL

Señores:—Vuestras amistosas palabras y vuestras generosas manifestaciones, me colman de profunda gratitud. Me siento feliz con vosotros, y por vosotros, y así como un tirano de la antigüedad deseaba que la humanidad tuviese una sola cabeza para poder cortarla de un solo golpe, yo desearía que el pueblo argentino y todos los miembros de la humanidad dispersa que con nosotros viven en santa paz y hermandad, tuviesen en este momento un solo corazón, para poder estrechar de una sola vez á todos contra el mío y sentir sus nobles palpitaciones al darles un abrazo inmenzo de fraternidad y simpatía. (Grandes y prolongados aplausos.)

Lleno de estos sentimientos, miro en torno mío, y veo semblantes que irradian benevolencia y alegría: miro hacia arriba, y veo las inmortales estrellas de nuestro cielo que nos alumbran el camino: veo flamear allí nuestra bandera coronada de laureles: veo brillar aquí la copa del festín que exhala el perfume de amistad: miro al fondo de mi alma y veo, escrita en ella por la mano de Dios, la ley de amor que á todos nos gobierna y digo: éste es nuestro hogar, ésta es la fiesta de la familia donde todos nos conocemos, donde todos gozamos á la par y todos nos amamos. (Movimiento de adhesión.)

Succédeme ahora lo que al viajero que había subido á las áridas asperezas de la montaña, que perdió de vista la casa

materna que sólo divisó desde la altura, que contempló á la distancia durante el día el humo de los pacíficos hogares de la comarca, y vió brillar en medio de la noche las apacibles luces de sus hermanos, y que al bajar á la llanura, después de una larga y fatigosa peregrinación, reconoce su antigua morada, se encuentra en medio de los suyos, se sienta con ellos al pie del árbol que á todos da sombra, y parte con ellos el pan, el vino y la miel que le ofrecen, en señal de cariño para unos, de cordial conciliación para otros y de benevolencia para todos. (Bravos.)

Esta es la ley de amor y simpatía que á todos nos gobierna, éste es el sentimiento conservador, la fuerza reparadora, el aliento benéfico que ha salvado al pueblo argentino en medio de sus cataclismos políticos, de sus luchas dolorosas y de sus extravíos.

En vano nos hemos revelado contra ella, en vano hemos desnudado la espada y hecho brotar la sangre de nuestras venas, en vano hemos lanzado varias veces á la hoguera de la discordia el pacto de la fraternidad: esa ley se ha cumplido siempre y nos ha salvado como pueblo y como individuos. (Aplausos.)

A la luz del sol, en las tinieblas de la noche, sobre la tierra empapada en sangre, sobre el suelo cubierto con las cenizas del incendio, nos hemos buscado impelidos por misteriosas fuerzas de atracción; nos hemos reconciliado, nos hemos abrazado, nos hemos ayudado los unos á los otros para vendar las heridas y reedificar el altar caído de la patria, y los sentimientos diversos, malos ó buenos, de los distintos ciudadanos que se han confundido en uno solo al calor de un ardiente sentimiento de patriotismo, como los diversos perfumes que arrojados al fuego se confunden en una sola nube de aromas. (Aprobaciones.)

El campo neutral en que todos los tiempos ha tenido lugar esta reconciliación, el único donde podía ser verdadero, fecundo y digno para todos, ha sido el mismo en que se levanta hoy el pueblo de Chivilcoy, ha sido el campo de la labor común, y he dicho mal al llamarle neutral, porque Chivilcoy no es neutral, porque él también

es un combatiente de la buena causa, él también ha enarbolado su bandera que es la bandera de la civilización, de la libertad del trabajo, para combatir con ella á la barbarie, á la naturaleza bruta y á la miseria que nos vencería si dejásemos caer de las manos las bien templadas armas con que le hacemos frente. (Aplausos.)

La ley de la fraternidad nos ha preservado de la muerte en medio de la lucha fratricida.

La ley del trabajo nos ha salvado, nos ha hecho comprender que no podíamos vivir los unos sin los otros en esta batalla de la vida, en que cada hombre es un combatiente en pro del bienestar y de la mayor suma de felicidad posible para sus hermanos.

Nosotros los argentinos y los que con nosotros viven al amparo de nuestras leyes hospitalarias, estamos unidos á la austera ley del trabajo como los bueyes de labor al yugo del arado, y ¡ ay de nosotros el día que dejemos de trabajar, porque entonces ni agua para beber tendremos! (Sensación.)

Se ha dicho en libros que los sabios han escrito y que el pueblo ha leído como palabras del Evangelio, que la República Argentina es un país donde por todas partes mana la leche y la miel, pintándola como una especie de paraíso terrenal donde los dones gratuitos del Creador dispensan al hombre del trabajo de cada día.

Sin embargo, á pesar de las grandes ventajas que indudablemente posee, la República Argentina es uno de los países más pobres de la tierra en aquello que constituye la verdadera riqueza de las naciones. (Atención.)

No tenemos hierro, esa arma de trabajo y de combate del siglo XIX.

No tenemos carbón de piedra, ese principio fecundante que es para la industria lo que el calórico á la vida.

No tenemos piedra siquiera, este material que es tan indispensable á las sociedades como los huesos al cuerpo humano, y si la tenemos al pie de los Andes ó en grupos aislados de serranías que matizan la pampa, es en puntos inaccesibles á la industria y por eso tenemos que crear y

consumir capital hasta para comprar las piedras de nuestras calles.

No tenemos maderas de construcción, y los bosques del litoral, los del Chaco, los de la provincia de Tucumán y otras no son más que oasis en un desierto sin sombra, que hoy no satisfacen á nuestras necesidades, careciendo una gran parte de nuestras provincias hasta de leña para calentar el agua de una caldera.

No tenemos ni agua, esa sangre que circula en los territorios bien constituidos vivificándolos. Nuestro sistema hidráulico es una grande aorta, con venas y arterias rudimentales. Al interior del país no hay ríos navegables, ni arroyos permanentes. La provincia de Buenos Aires, la más favorecida por la Naturaleza bajo ciertos aspectos, tiene que cavar con la pala y el pico para que el hombre y los animales no perezcan de sed, y las continuas sequías que experimenta convierten en basura su principal riqueza, que son sus pastos, que el viento de la Pampa barre como una escoba. San Luis no tiene agua, sino donde empieza el desierto. San Juan y Mendoza tienen un escaso riego artificial: la tierra es fecunda allí más por el sudor del jornalero que por las lluvias del cielo, y á pesar de todo, no pueden ganar terreno sobre el desierto, y necesitan crearse nuevas vías de actividad y de riqueza para consolidar la conquista de lo que poseen en nombre del trabajo. La Rioja no tiene casi agua, y Catamarca la tiene escasa. Casi todas las provincias están separadas por terrenos caóticos que llaman travesías, donde no se encuentra ni una sola gota de agua para bautizar á un niño recién nacido, sino en el fondo de los chifles de algún caminante sediento.

Por eso tenemos que trabajar para vivir, por eso tenemos que vivir unidos para multiplicar las fuerzas productoras, por eso debemos consagrar nuestra energía, no á pelearnos los unos con los otros, sino á labrar el campo de la herencia común, para que la maleza no lo invada.

Y aquí tenemos cómo los sabios dicen grandes disparates por no tomarse el trabajo de estudiar las cosas más

de cerca (risas), y cómo el pueblo, creyendo al parecer en ellos se salva por el instinto seguro de la propia conservación haciendo lo que debe hacer, es decir, trabajando valientemente. (Bravos.)

Y ya que hemos hablado de los sabios, y estamos en esta fiesta que puede llamarse de familia, vamos á murmurar un poco de ellos, vamos á ver si saben tanto como dicen, vamos á ver si la sabiduría colectiva del pueblo, la ciencia práctica de los humildes debe inclinar siempre su bandera en el campo del trabajo ante los maestros presuntuosos que creen que el saber humano está encerrado únicamente en un libro y un tintero. (Risas, movimiento de atención.)

La mente es el receptáculo del pensamiento humano, es la fuente del saber, es la inteligencia presidiendo á todas las acciones del hombre. Toda acción deliberada que produce un resultado útil es un acto de inteligencia, de verdadera sabiduría. Sus modos y sus medios son infinitos y variados como lo son sus manifestaciones. Leer y escribir no es sino un medio. Escribir y hablar bien, obediendo á una idea, no es sino una de sus manifestaciones, una de las más bellas sin duda; pero no más que una de tantas si las demás fuerzas inteligentes no la complementan.

Hay inteligencia en el brazo que gobernando el arado á lo largo de los surcos y bañado en fecundante sudor, hace mayor y mejor tarea que los demás para bien de sus semejantes y para bien de sí mismo.

Hay inteligencia en la mano que empuña la espada cuando la esgrime mejor que su adversario, y sobre todo cuando animado de un sentimiento sublime, combate con ella en favor de la causa de los pueblos y se sacrifica si es necesario sabiendo lo que hace, aunque no sepa leer ni escribir. (Aplausos.)

Hay inteligencia, hay saber en los pastores que cuidan las majadas después de haber hecho un duro aprendizaje; en el que domestica los animales útiles, observando sus instintos; en el ojo del hábil cazador de aves ó de fieras que pone al servicio del hombre sus plumas ó sus pieles; en el

pie del marinero que sube á lo alto de los mástiles en medio de la tempestad; en el instinto del baqueano que lleva dentro de su cabeza una brújula invisible; en una palabra, puede haber tanta inteligencia, tanta sabiduría en la mente del hombre que maneja una pluma, como en la del oscuro trabajador que sólo maneja una pala. (Aplausos prolongados.)

Todos los pueblos tienen lo que por excepción se llama sabios, es decir, grandes pensadores que dominan la ciencia y la distribuyen generosamente al pueblo como el pan de cada día. Esos merecen todo nuestro respeto y nuestra gratitud, aun cuando algunas veces se equivoquen y digan, como hemos visto ya, grandes disparates que puede corregir el último patán. (Risas.)

Nosotros también tenemos nuestros sabios que saben lo bastante para nuestro gasto. (Risas y aplausos.) Tenemos nuestros semisabios, que apenas tienen lo bastante para su propio uso. (Risas.) Tenemos otros que se creen muy sabios, y todo lo creen porque ellos lo dicen, y que á veces no saben decir otra cosa. (Muchas risas.) Después de estos dioses y semidioses de la sabiduría, si se va á consultar á algunos de los profetas de la ciencia, todos somos bárbaros en esta tierra; no obstante que esos bárbaros sean los que nutran su sabiduría; y que la parte de felicidad que nos ha cabido en suerte lo debemos muchas veces más bien á los garrafales errores que á los grandes aciertos de los que se llaman doctos.

Pido perdón si me detengo tal vez demasiado sobre este tópicó; pero, como es murmuración casera, no hay cuidado de que comprometamos con ello las buenas relaciones que la República cultiva con las naciones, que por tener un poco más de ciencia ó ser un poco más felices que nosotros, nos miran por encima del hombro y nos tratan de salvajes.

Recordaré algunos ejemplos que se me vienen á la memoria en este momento, para probar que las grandes conquistas contemporáneas han sido precedidas por hechos, hijos del instinto y de la observación, conquista que los sabios han querido apropiarse al ponerles el sello de la publi-

dad; y que cuando han querido iniciar el movimiento en tal sentido, muchos de los beneficios que hemos recogido en consecuencia son el producto de sus errores más bien que de su ciencia y de sus estudios.

La libre navegación de nuestros ríos es sin duda una de las más grandes conquistas de nuestra época. Antes que ellos se abriesen al comercio, á la navegación y á la industria, el mundo profesaba la creencia de que la clausura de los ríos interiores era una conveniencia y un derecho que no debía enajenarse. Es cierto que algunos profesaban en teoría la creencia de que los ríos eran caminos que caminaban y que Dios había dado á la humanidad para comunicarse entre sí; pero nadie se cuidaba de hacer práctica esta doctrina. El mundo no sabía más, y todos los sabios de la tierra enseñaban esto al mundo en sus tratados de derecho internacional. Cuatro contrabandistas pusieron á la titulada ciencia patas arriba.

Con motivo del bloqueo de los puertos argentinos en 1838, eligieron el río Paraná por teatro de sus hazañas. A las márgenes de este río había cuatro ranchos que habían sido la manzana de discordia entre los Porteños y Santafecinos; quemados por los unos, defendidos por los otros, siempre estaban allí como un padrón de pobreza y un testimonio de guerra civil. De repente del seno de aquellos ranchos nació una ciudad rica y floreciente, nueva Venus Argentina nacida de la espuma de las aguas, que se ostentaba ante las miradas de los sabios probando prácticamente las ventajas de la libre navegación de los ríos. Los escritores se apoderan del hecho, y lo consignan, los publicistas lo comentan, la opinión los sanciona, los gobiernos lo prohijan, los legisladores lo formulan en leyes, y he aquí que se levanta á la altura del principio. Florencio Varela, el primero de todos, aunque con cierta timidez, levantó esa bandera. Sarmiento proclamó con más valentía la verdad demostrada ya. Siguen Urquiza, don Valentín Alsina y otros, y tal vez yo entre ellos, atribuímos á nuestra inteligencia este gran descubrimiento debido á cuatro oscuros contrabandistas cuyos nombres merecían

pasar á la historia antes que el nuestro, porque ellos fueron los precursores, hicieron el experimento á su costa y riesgo, demostraron su conveniencia, y sin orgullo ni desaliento durmieron el sueño de la eternidad en el fondo de sus frágiles balleneras sin exigir admiración ni gratitud á la posteridad. (Muy bien.)

Vamos á otro ejemplo no muy lejano.

La ocupación del territorio y la propiedad de la tierra son dos grandes conquistas que la civilización ha hecho entre nosotros. ¿Qué plan metódico precedió á esa ocupación? ¿Qué idea preconcebida dió origen á la propiedad? ¿Por qué medios se operó una y otra? La necesidad de expansión y el instinto salvador de las necesidades sociales es lo que llevó á cabo esta conquista, con el auxilio de las vacas y de los caballos que ocuparon el desierto y lo poblaron como Dios los ayudaba. No tenían ferrocarriles para marchar á vapor, ni tenían población para cuajar el desierto con sus habitaciones, por eso se hacían seguir con los animales útiles que acompañan al hombre aumentando su bienestar y su riqueza. Así salvaron las fronteras trazadas por la espada militar de la conquista, así hicieron retroceder al indio, así marcharon valientemente en busca de la tierra de promisión y precediendo á las expediciones militares que les venían á usurpar la gloria de conquistadores del desierto, trazaron las nuevas fronteras que la ley tuvo que consagrar como límites de propiedad cristiana. Esta era la civilización pastoril, marchando en cuatro patas si se quiere, pero era la civilización tal como únicamente podíamos extenderla, amojonando la propiedad con hombres, poniendo en medio de ellos los ganados, y haciendo que los ganados representasen riquezas y bienestar, multiplicando así la propiedad y el consumo. Si no hubiésemos procedido así hoy estaríamos reducidos á la décima parte del territorio poblado, y el indio salvaje que no ha mucho venía á incendiar hasta los ranchos de Chivilcoy, dominaría todo el territorio de Buenos Aires, desde el Pergamino hasta Chascomús, dejando á su espalda el Río Salado.

Tal es el resultado á que parecen aspirar irreflexivamente algunos de nuestros doctos que llaman barbarie á esta civilización rudimental, que por muy incompleta que sea, y por muchos inconvenientes que tenga, es al fin la que mayores y mejores resultados ha producido hasta hoy dadas las condiciones en que hemos vivido.

Para realizar el bello ideal de los que maldicen la ganadería y preconizan ante todo la agricultura, sería necesario reducirnos á una estrecha zona del territorio, circunscribiéndonos á las márgenes de los ríos, reconcentrar las poblaciones y vivir esclavos de la tierra, esperando lo que produjese; y como entonces no habría lugar sino para los hombres, tendríamos que matar nuestros cincuenta millones de ovejas, nuestros diez millones de ganados y echar pie á tierra largando al desierto nuestros caballos para que el indio se apoderase de ellos, dándole así nuevas armas contra la civilización, es decir, que este bello ideal consiste en disminuir el territorio poblado, en aumentar el desierto, en desarmarnos y en minorar la riqueza, y por consiguiente las fuerzas productoras, militantes y consumidoras del hombre argentino.

Funesto error que, propagado por algunos y escuchado por un pueblo como el nuestro que tiene la humildad de creer en las palabras de sus oráculos, puede acarreararnos la ruina y la miseria, si no reaccionamos con perseverancia contra él, popularizando esta verdad demostrada ya por la experiencia: que la ganadería es la base de nuestra riqueza, y que la agricultura sólo puede progresar hermanándose con ella. Los Estados Unidos que hace veinte años no tenían siete millones de ganados, cuando la Inglaterra tenía noventa millones y la Francia ochenta millones, es hoy una de las primeras potencias del mundo en ganadería, y á ella hermanada con la agricultura, debe la creación de un nuevo mundo norteamericano en el lejano Oeste. Nosotros sin la producción de la lana y los cueros, seríamos el país más miserable del mundo aunque tuviéramos cultivada con cereales una extensión cuádruple de la que hoy ocupa la labranza.

Esta vasta extensión de territorio poblada por un escaso número de habitantes, teniendo á su servicio medios de producción tan considerables y tan baratos, es lo que constituye nuestra superioridad sobre los demás de la tierra; es lo que hace que sea uno de los pueblos relativamente más productores y más consumidores del mundo. La ciencia europea no puede explicarse este fenómeno, y nuestros plagiarios que aceptan á ojos cerrados las teorías que reposan en hechos distintos y contrarios, no saben sino cantar himnos á la agricultura pidiendo que se pasen á cuchillo los ganados como enemigos de la civilización. Sin embargo, es á ellos, es á esa ocupación que con ellos hemos hecho de nuestro suelo á lo que debemos, que la provincia de Buenos Aires con cuatrocientos mil habitantes produzca casi tanto y consuma más que la República de Chile con un millón seiscientos mil habitantes, no obstante que Chile es un país esencialmente agricultor y tenga riquísimas minas de plata.

Cuando un puñado de hombres ocupa, mantiene y defiende en nombre de la propiedad tan vasta extensión de tierra, luchando contra el tiempo y el espacio, cuando hace producir al suelo más riquezas que millones de hombres con un terreno privilegiado para la agricultura, cuando consume más que ellos gastando la riqueza que acumulan con su trabajo y capitalizando, yo digo, que á este pueblo puede faltarle mucho todavía para resolver su problema económico y social, pero que merece llamarse civilizado, y no puede llamársele bárbaro porque luche con más inconvenientes y posea menos trigo y tenga más vacas, más ovejas y más caballos, y sea por consiguiente más rico y más feliz siguiendo sus instintos que obedeciendo á reglas convencionales de que el tiempo ha dado cuenta. (Aplausos.)

La propiedad se ha afirmado entre nosotros por la virilidad de los pobres paisanos y de los capitalistas que salieron á poblar con sus ganados el exterior de la frontera, y que se mantuvieron en ella hasta que el Congreso en el año 19 dió la primera ley sobre la materia consagrándola. Y este hecho ha sido más poderoso que las leyes posteriores sobre el enfiteusis, en que Rivadavia, uno de nuestros gran-

des y verdaderos sabios, también pagó su tributo á la falibilidad humana: pues allí donde el enfiteusis ha retrocedido derrotado ante la chuzca del salvaje, la propiedad se ha mantenido resistiendo á los embates de la barbarie.

La ganadería combatida por los que creían saber más que los pastores, ha triunfado, y fecundada por la introducción de la oveja en que cupo á Rivadavia la gloria de haberla fomentado, y por la agricultura que se desenvuelve á su sombra, constituye hoy el nervio de nuestra riqueza, y estos hechos prueban que hay ignorantes que saben más que los economistas ó los que se dan los aires de tales. (Aplausos y risas.)

Pero vengamos á hechos más cercanos, hablemos de la agricultura en Chivilcoy y veamos la parte que á cada uno cabe en los progresos que en este pedazo de tierra se han realizado. Aquí sí que vamos á ver desbarrar á los titulados sabios, vamos á verlos acertar errando, poniendo de manifiesto, sabían menos que los peones de las antiguas chacras de esta localidad. (Marcada atención.)

¿Quién fué el primero que depositó el primer grano de trigo en el seno fecundo de esta comarca? Yo podría decirles quién fué el que ahora trescientos cincuenta años depositó la primera simiente cereal en el Río de la Plata; pero es un secreto que guardo para echarlo á luz en mejor oportunidad. (Risas.) Mientras tanto creo que nadie podrá sacarme de mi curiosidad.

Yo supongo que ese oscuro benefactor de Chivilcoy fué algún pobre santiaguense. (Aplausos y risas.) De ese humilde germen ha nacido este pueblo, el ferrocarril que le da vida y los demás adelantos que tanto honor le hacen.

¡ Bendita sea esa semilla que tantos bienes encerraba en su seno!

¡ Bendito sean los errores á que ella ha dado origen; pues sin ellos Chivilcoy vegetaría sobre sus trigos, quemando el maíz de sus cosechas para alimentar el fuego!

Cuando aquel hecho tenía lugar, á ningún sabio se le había ocurrido poner los medios para que el pueblo gozase del pan de cada día. Entonces la campaña de Buenos Aires no

comía pan. Fué necesario que aquel pobre y obscuro santiaguense, repito que debió serlo (risas), dejase caer de su tosca mano aquella bendición, diciendo á mis comprovincianos los porteños que tan orgullosos están con sus adelantos: «Hermanos, también para Vv. se amasa pan en este mundo.» (Risas.) ¡Y desde entonces se come en efecto pan en nuestra campaña!

Este por sí solo era sin duda un gran adelanto, pero no es esto lo más curioso del cuento. Este hecho casual ó deliberado, este progreso parcial que cuando más habría dado origen á una comarca agrícola mal situada por hallarse demasiado distante de su mercado natural, y en que por consiguiente no podría costear el recargo del transporte, este error en un sentido, indujo en otro error á los sabios, y gracias á ello tuvimos la felicidad de que se realizasen grandes cosas, obteniendo resultados opuestos á los que se habían propuesto. ¡Este es el caso de decir que Dios hace planas derechas con reglones tuertos, y que se sirve muchas veces de la humildad para humillar la suficiencia de la soberbia!

Cuando vieron crecer los trigos en mayor abundancia aquí que en otra parte, por la sencilla razón que aquí se sembraba más, nuestros científicos agrícolas en vez de atribuirlo á su verdadera y única causa, sin tomarse el trabajo de estudiar la naturaleza del suelo, creyeron de buena fe que este terreno de Chivilcoy era distinto de todos los demás, que sólo aquí podían darse los cereales, y alrededor de esta suposición arbitraria basaron todo un sistema de división de la tierra y de explotación del suelo, en que como siempre el bien se produjo por resultados opuestos á sus previsiones.

Los enfiteutas, los usufructuarios de la tierra, empezaron á subarrendar cobrando por cada cuadra lo que ellos debían pagar por cada legua, prohibiendo á los chacareros levantar ranchos, para que no echasen raíces en ella. El pobre aró, sudó, cosechó y pagó; pero al cabo de cierto tiempo afirmó su planta en el suelo, hizo valer su título de poseedor y disputó sus derechos al caduco enfiteuta. Quinientos

agricultores del distrito poseedores de varias porciones del territorio en Chivilcoy, se presentaron un día pidiendo al gobierno que los amparase y los prefiriese en la posesión, y el gobierno rompió los vínculos entre ellos y el enfiteuta y les ofreció la propiedad que hoy es un hecho. Y así es cómo los pobres de espíritu y de dinero, que eran los siervos de los esclavos de la tierra, la ridimieron de la esclavitud de leyes atrasadas, dando un núcleo poderoso y un punto de apoyo á los que querían que la tierra se subdividiese y se vendiese. Desde entonces, Chivilcoy pertenece al movimiento de las ideas nuevas y adelantadas, y desde entonces crece y prospera al sople vivificante del progreso.

Pero he aquí que en presencia de este progreso agrícola los sabios, obedeciendo á ideas equivocadas ó incompletas, combinan nuevos planes, y errándola aciertan otra vez como el que hacía prosa sin saberlo, sin sospechar que el que hacía trabajar su inteligencia, no era otro que aquel ignorado labrador que tal vez dormía entonces el sueño de la eternidad entre sus trigales, y los gobernaba desde la tumba.

Puesto que Chivilcoy produce trigos en esta tierra, se dijeron ellos, hagamos un ferrocarril desde Buenos Aires á Chivilcoy, para darles salida fomentando la agricultura. Esta fué la candorosa idea que presidió á la construcción del ferrocarril del Oeste, y habrá muy pocos que en su tiempo no hayan participado de ella. Hoy podemos aplaudir la realización del ferrocarril, pero nos reimos de la idea que no se basaba siquiera en el estudio de la estadística agrícola. Si alguno les hubiese dicho entonces que ese ferrocarril podría transportar en una semana todos los trigos y todo el maíz que producía Chivilcoy, se hubieran quedado con la boca abierta, y es probable que entonces no hubieran realizado el camino, pues ellos creían de buena fe que los ferrocarriles sólo se habían inventado para los trigos. (Risas.)

Hará como doce años que estuve la última vez en Chivilcoy. Este pueblo estaba ya fundado, y una nueva opinión empezaba ya á formarse en él. Tuve interés en cono-

cer su producción y supe con sorpresa que Chivilcoy apenas producía la mitad de los trigos que se cosechaban en la provincia. Entonces Buenos Aires consumía 360.000 fanegas al año, es decir, como mil fanegas diarias. De éstas no alcanzaban á 240.000 las que producía el país. El resto se introducía del extranjero, de manera que Chivilcoy sólo contribuía al consumo interior con poco más de 100.000 fanegas, y ésta era toda su producción en cereales. Me guardé muy bien de propalar este secreto, por temor de que se les ocurriese no continuar el ferrocarril empezado. (Aplausos y risas.)

Gracias al error, hoy tenemos el ferrocarril hasta Chivilcoy, y debemos dar gracias al obscuro santiagueño de que hablamos antes, que con un grano de trigo produjo este milagro chasqueando á los sabios y beneficiando á sus laboriosos descendientes. (Aplausos.)

El ferrocarril llegó hasta aquí, y los economistas que habían basado sus cálculos en el transporte de granos, se quedaron un poco aturdidos cuando los chivilcoyanos les dieron la noticia de que ya había cambiado un poco de modo de pensar; y les presentaron ovejas y lanas á la vez que maíz y trigo, creciendo su asombro cuando se encontraron con un producto nuevo con que no habían contado: se encontraron con un pueblo en vez de un trigal, y sobre todo con hombres, que valen más que los trigos, y á estos hombres con ideas exactas sobre sus conveniencias, y animados de un espíritu progresista, que sin contrariar las leyes de la riqueza resolvía prácticamente un arduo problema económico, haciendo bueno por el consorcio de la ganadería con la agricultura, un camino que teóricamente era disparatado al solo objeto de transportar unas cuantas bolsas de trigo. (Ruidosos aplausos.)

Lejos de mí la idea vulgar y grosera de dar preferencia al instinto sobre la razón, al hecho material sobre la teoría científica.

Mi objeto ha sido únicamente dar á cada cual lo que le corresponde, restableciendo el equilibrio que me parecía un poco alterado en cuanto á la apreciación de las fuerzas in-

teligentes de la sociedad. Cada pueblo posee una suma dada de inteligencia, como posee una suma dada de capital circulante, y así como el dinero está en todas las manos en más ó menos cantidad, la inteligencia está en todas las cabezas en la proporción y en las condiciones en que Dios y la educación la han distribuído.

La inteligencia como el agua tiene su nivel.

Bueno es que los gobernantes estimen en algo á los gobernados y miren un poco hacia abajo, se inspiren en la opinión y comprendan lo que pasa en las modestas regiones donde se elaboran hechos que dan lecciones prácticas á los sabios y á los poderosos.

Bueno es que los gobernados manteniéndose en los límites trazados por la ley y sin desconocer la superioridad del talento, de la virtud y del saber, y considerándose los unos como átomos y los otros como unidades de la razón pública, aprendan á pesar el saber de los hombres y de las ideas, como distinguen la moneda falsa de la buena.

Bueno es que todos tengamos presente con tal motivo que el martillo que multiplica el poder de la mano, la aguja, esa máquina elemental que al principio fué una espina, la sierra, la lima, el tornillo, las tenazas, las palas, el arado y hasta el arte de fundir el metal con que se construyen estas nobles armas que han dotado al hombre de nuevos órganos, son, como el primer grano de trigo que se sembró en Chivilcoy, invenciones anónimas, y que la inteligencia colectiva puede reivindicar como suyas.

Este es un motivo más para que el pueblo se eduque, para que todos aspiren, si no á ser grandes sabios, por lo menos á ser hombres instruídos, que cultiven su inteligencia ensanchando la esfera de sus goces morales y preparándose para gestionar con más provecho sus intereses materiales, porque la instrucción es como un capital que no se gasta nunca y produce siempre, y que haciéndonos más ricos nos hace más felices.

Puedo decir esto en Chivilcoy sin que parezca predicación en el desierto, aquí donde hay seis escuelas municipales y se está levantando la séptima para completar el

número de las obras espirituales de misericordia. Empezaron por dar de comer al hambriento, y acabarán por las bienaventuranzas de los pobres, de quienes será de seguro el reino de los Cielos y también el de la tierra si se nutren con el pan cotidiano de la instrucción.

Así tendremos pueblos libres y gobiernos buenos, y he aquí cómo pisamos sin pensarlo el terreno de la política donde tantos intereses más ó menos nobles se agitan, y en cuya región tempestuosa debe hacerse oír siempre la voz tranquila del amor al prójimo, de la caridad con sus semejantes, para que caiga como un bálsamo sobre los corazones ulcerados por el odio y las heridas de la lucha contemporánea.

Ya sabemos cómo se pelea y se mata, ya sabemos cómo caen ensangrentados en el campo de la matanza Abel y Caín, ya sabemos cómo se destruyen pueblos y hombres, con el fuego y las espadas, ya sabemos cómo se deshacen los gobiernos, en luchas que tuvieron su razón de ser, entre el mal y el bien, victorias dolorosas, pero necesarias. Nos queda por aprender la parte más difícil de la política práctica, que es como se regeneran los pueblos por la virtud cívica, por la perseverancia en los propósitos, por el acrecentamiento de la instrucción y de la riqueza, cómo se consolida la libertad en el orden, cómo se fundan los gobiernos libres dando al pueblo lo que es del pueblo, y al poder lo que es del poder, tratándose con recíproca benevolencia y espíritu justiciero; ya sabemos todo esto, y digamos para acabar de una vez con los sabios y con los pobres de espíritu lo que decía un pensador: «No contéis conmigo para »conspirar por la demolición de los poderes establecidos, »tratemos de mejorar el gobierno que existe, legitimándolo »por sus beneficios y glorificándolo por la grandeza de sus »obras». (Aplausos).

Edifiquemos en lugar de destruir.

Que sea Chivilcoy la tribuna popular desde donde se proclamen estas grandes verdades prácticas que conservan y perfeccionan las sociedades.

Que sea éste el terreno donde caiga y brote la simiente de la verdad y que la cosecha sea abundante.

Que sea éste un campo de lucha pacífica y de labor fecunda, donde se combata con las armas del trabajo y circule vigorosa la savia de la vida mejorando la condición de todos.

Que vengan aquí los políticos, los economistas, los comerciantes, los industriales, los escritores y los intrigantes que buscan el bienestar entre nosotros, á respirar una atmósfera sana en el orden de las ideas y de los hechos como es sano el aire que aquí se respira purificado por sus hermosas arboledas. (Aplausos.)

¡Honor y felicidad á Chivilcoy!

Diría una mentira y dirigiría un cumplimiento grosero si le dijera á Chivilcoy que es grande en lo presente. Es una promesa halagüeña, es un terreno bien preparado, es el bosquejo de un gran pueblo, es lo que se llama una sociedad culta, rica y feliz y esto debe alentarle en la tarea. Lleva en sí los gérmenes de la grandeza futura: tiene el amor del trabajo, máquinas perfeccionadas, la planta de una magnífica ciudad, el aliento progresista, el espíritu municipal, el santo amor de la patria común, el anhelo por la educación pública, la ganadería y la agricultura hermanadas, la unión de su vecindario, y tiene hombres enérgicos y trabajadores animados del aliento viril de los robustos peones del progreso humano. ¡Dios sea con ellos y con su pueblo! ¡Mientras tanto, brindemos á la grandeza futura de Chivilcoy! ¡A su grandeza moral en lo presente! (Triples y prolongados aplausos. Vivas.)

XLI
AL COMERCIO

Febrero 21 de 1869.

Señores:

Al retribuir el brindis con que he sido honrado á la par de mis compañeros en el gobierno, es un deber de gratitud y cortesía brindar á mi vez en honor del comercio de Buenos Aires, que nos hace objeto de esta generosa manifestación. Pero esto no es para mí un simple deber de cortesía (siéndolo siempre de gratitud), es sobre todo la expresión sincera de mis convicciones y un voto espontáneo de mi corazón.

Hijo de un pueblo que todo lo debe al comercio, y que funda en él la prosperidad del presente y la grandeza del futuro, es natural que mis simpatías le pertenezcan y que mi razón esté á su servicio.

La República Argentina, señores, es la única nación sudamericana que no ha sido poblada por el aliciente de los metales preciosos, la única que no ha debido su formación, su desarrollo y su prosperidad gradual á esa magia del oro y de la plata encerrada en su seno, que atrajo hacia las playas americanas la inmigración europea desde el descubrimiento del Nuevo Mundo. Méjico con sus ricas minas, el Perú con sus montones de oro, Chile con su plata, el Brasil con su oro y pedrerías, las perlas de las Antillas y Tierra Firme, las esmeraldas y los ópalos de Centro América, y más ó menos todas las demás comarcas cuyos nombres se leen en el mapa de este continente, debieron su fomento y su origen á este género de riquezas de que nosotros carecíamos. Por mucho tiempo su riqueza